

AL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
JURÍDICAS DE LA UNAM,
EN SU OCTAGÉSIMO ANIVERSARIO

José Ma. Serna de la Garza



Hace aproximadamente 1700 años hizo erupción el volcán Xitle (del náhuatl *xictli*, que significa “ombligo”), cercano al Ajusco. Dicho evento geológico modificó el paisaje de toda la zona por donde fluyó la lava, el magma basáltico y las cenizas volcánicas. La cultura de Cuicuilco se vio arrasada por el fenómeno natural, viéndose obligada a emigrar. Las entrañas del volcán se adueñaron de la región y crearon un ecosistema nuevo, desplazando al anterior. Surgió así un paisaje rocoso, semiárido, plagado de cactáceas de todo tipo, habitado por múltiples especies que van desde reptiles como iguanas y lagartijas, hasta mamíferos como el tlacuache y la ardilla, pasando por insectos y arácnidos sin fin, amén de aves como tórtolas, carpinteros, palomas, colibrís, golondrinas, gorriones, entre muchas otras especies. En ese espacio en que la piedra volcánica, negra, de formas caprichosas, de perfiles variables y discontinuos, manifiesta su hegemonía, se asienta el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM.

En ese espacio, en ese ecosistema único, enclavado en la parte sur de la Ciudad de México, el Instituto de Investigaciones Jurídicas no está solo. Le acompañan, orgullosos y solidarios, los otros institutos de investigación en Humanidades de la UNAM. Uno al lado del otro, hermanados por el estudio del comportamiento y el desempeño del ser humano como ser simbólico generador de cultura. Institutos fraternos, unidos en este reducto productor de ese saber “excedente” respecto al marco simbólico en que se mueven y actúan los poderes fácticos, juntos resisten la aniquilación de toda discusión

razonada de los fundamentos imaginarios de las actuales formas del poder, la economía, el mercado, el consumo y la sociabilidad.* Institutos hermanados también por el color azul, el color del cielo de día, el quinto color del arcoíris.

Muy cerca del conjunto de las Humanidades se encuentra el denominado Paseo de las Esculturas, conformado por la escultura-muralla de Federico Silva, denominada “Serpientes del Pedregal”, la cual puede ser recorrida a pie; y las estatuas “Ocho Conejo”, también de Federico Silva; “Corona del Pedregal”, de Mathias Goeritz; “Cóloltl”, de Sebastián; “Ave Dos”, de Hersúa, “Variante de la llave de Kepler”, de Manuel Felguérez, y “Cóatl”, de Helen Escobedo. Qué gusto poder salir de vez en cuando de las instalaciones del Instituto de Investigaciones Jurídicas a recorrer estos caminos del arte, sobre todo cuando al ver algún programa atractivo anunciado en Gaceta UNAM, se ve uno “forzado” a caminar hacia el Centro Cultural Universitario, a comprar boletos para disfrutar de algún espectáculo ofrecido en sus magníficas salas de concierto, teatro y cines (por no hablar del museo y los restaurantes que por fortuna tenemos a nuestra disposición). Qué gusto también, poder apreciar junto al Centro Cultural Universitario, la imponente Biblioteca Nacional de México.

El paisaje pedregoso, agreste, de alguna manera salvaje, recibe un halo de orden por medio del Circuito Mario de la Cueva. ¿Habría imaginado don Mario que su nombre daría identidad al camino que lleva al Instituto de Investigaciones Jurídicas, y a los demás institutos de las Humanidades? Y más aún, ¿habría imaginado don Mario que esta ruta que mide más de tres kilómetros, a pesar de no haber sido planeada para practicar ejercicio, se ha convertido en una opción para la comunidad universitaria y para la gente que vive en los alrededores que busca ejercitarse especialmente los domingos, cuando se cierra al tráfico?

Este paisaje rocoso, semiárido, plagado de cactáceas de todo tipo, habitado por múltiples especies, guarda un secreto. Un hombre, un gran ser humano, que fuera secretario académico y director del Instituto de Investigaciones Jurídicas, abogado general y rector de la UNAM, dejó escrito que al partir de este mundo, su deseo era que sus cenizas reposaran en este espacio, su Alma Mater, la nuestra. Su deseo fue cumplido. ¿Dónde se encuentra ese polvo universitario, único, auténtico e incondicional? Pocos lo saben, y mejor que así sea. De esta manera podemos imaginar que se

* Véase Llovet, Jordi, *Adiós a la Universidad, El eclipse de las Humanidades*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2012, pp. 248 y 249.

encuentra en todos lados. Acaso cada vez que recorremos los caminos situados alrededor del Instituto de Investigaciones Jurídicas nos encontremos cerca de esas cenizas, fundidas ya con las del Xitle, reunidas en un abrazo fraterno que hermana a un ser humano con un proyecto cultural, un ideal, y un paisaje.